

lenguaje, en que la autora vierte su angustia íntima: "¡Qué sola estoy!" y en el que dice: "Ante tanta montaña majestuosa — qué sola estoy, Señor! — y cómo es de infinito tu horizonte, — enorme es mi aflicción. — A mi paso hubo incendios de crepúsculos, — todo en mí floreció. — Tus manos me las diste rebosantes, — pero qué sola estoy. — Tú quisiste mi tierra resistente, — como la roca soy; — pero mi corazón con tanta herida — nunca se endureció".

Así, con sinceridad, con claridad, con un hondo sentido humano, el verso de Patricia Morgan surge y se desenvuelve, "logrando poesía dentro de la forma tradicional" y "estremecida de emoción auténtica".—*Caupolicán Montaldo*.

<https://doi.org/10.29393/At346-347-94MLJT10094>

MIGUEL LUIS ROCUANT, ALTA FIGURA LITERARIA DE CHILE (1877-1948)

La producción literaria que dejó Miguel Luis Rocuant está constituida por novelas, poesía, crónica y alguno que otro relato en que se filtra el ambiente que le fué familiar a su viajera figura.

A través de su obra se presenta un espíritu transparente. La suavidad de su palabra es consecuencia de la tersura de su pensamiento. Jamás una desgarradura psíquica. Nunca una expresión que borre la limpidez de sus conceptos. El mundo tiene complicaciones; mas él las refundirá en el fluir de sus ideas expresadas pulcramente.

Fué un soñador, pero fué también un objetivista de los sueños. En su obra se deslizan las sombras de acontecimientos o sucesos que le propiciaron días u horas de contemplación, de regocijo o de melancolía.

Si habría que atenerse únicamente a lo que se encuentra en sus libros, Miguel Luis Rocuant pertenecería a la estirpe de los helenos que materializaron la serenidad. Pero temo que, como hombre, como humano, como conductor de energías, ya en la carac-

terística personal, en las cuestiones periodísticas, haya distinguos y el escritor sereno y transparente que vemos en su literatura, cambie un poco en lo polémico.

Su obra me llegó cuando ya él tenía escaso camino por recorrer en la vida. Pocos años antes de que falleciera, se me acercó su figura literaria para darme el mensaje de una existencia primorosamente lírica. Era una significación más del enlace del sur con estos países de América Central, ignorados en las letras por quienes quieren ignorarlos, incomprendiendo su designio —más que geográfico dentro del continente— mental, y, en el destino de América puente imprescindible. De esta Centroamérica salió el avatar para las letras no sólo hispanoamericanas sino de la nutricia España: Rubén Rarío. Insustituible e irreponible.

De su obra literaria sobresale lo novelesco. Su poesía va de lo romántico a lo modernista dariano. En ese modernismo tiene escapes a lo parnasiano sin que llegue a la sequedad en la forma, porque ésta la nutre de visión y sentimientos.

Su permanencia en Europa y, sobre todo en Francia, le mostraron horizontes que desde América no veía. En ellos columpió su musa y se enfrentó al paisaje humano.

De sus novelas, *Con los ojos de los muertos*, muestra permanencias de lo que ya no existe en forma, pero que desde el misterio recta caracteres y deprime condiciones de seres que aún moran sobre la tierra. Los héroes y paladines que irguiéronse en la historia alimentando acontecimientos, se asoman a través de las constituciones mentales y orgánicas de los vivos, en esa novela.

Son los ojos de los que ya no existen que presionan y hacen ver, influyentes, el panorama con tintes especiales. Hay en esta obra cierta similitud con *Los muertos mandan*, del autor de *Arroz y tartana*.

En su novela *A la sombra de las catedrales* tréznanse amores sacrificados por sumas dificultades sin poder culminar en la felicidad que no existe en el mundo.

Su obra superior es *En la barca de Ulises*. Una crónica que

arranca de Marsella y se extiende por la mar hasta colocarse el viajero sobre ruinas históricas, en la Grecia de todos los tiempos.

Cuando se lee a Rocuant, se siente en el ritmo de su prosa, delicada y cuidadosamente dispuesta, ya el balanceo de la nave que deja rúbricas de encajes, o el paso del viajero que lo revisa todo, que los escudriña todo y que retrotrae los acontecimientos en que se desarrollaron los más variados sucesos. Su alma será sensible placa viva que absorbe, para reproducir, desde el rizo de un celaje rebelde, hasta el plinto sobre que descansa una columna truncada por el tiempo; o la claridad lechosa de una noche de Atenas.

Su encuentro con el sendero que transitó Edipo, en la gesta psicopática donde el complejo baraja impulsos y reconocimientos, descorre cortinajes de lo legendario que cubren una verdad lacerante. El hijo amando a la madre —contraparte del complejo de Electra—. No es aquí aquella luz misteriosa que brota de los cuencos extintos por los ojos que influyen en caracteres de los presentes. Es el morbo desconocido que se filtra y se agarra problemático en el drama de dos vidas.

Miguel Luis Rocuant interpreta pormenores y acude con su sagacidad a presentar finamente, con un temblor de aguas diamantinas, la narración.

En la barca de Ulises el cronista da tonalidades fehacientes al relato. Lo circunda de colores que concuerden con el hecho; de manera que el lector exigente no encontrará una pincelada fuera de ambiente: todo en una armonía de artífice que conoce los elementos con que trabaja y la ortografía de la naturaleza y de los acontecimientos: desde el asa de una ánfora, hasta la complicación ornamental del rizo y la simplicidad del plinto.

Una quinta edición acaba de ser publicada por la imprenta Universitaria de Chile. Se ha preocupado la viuda por que las obras completas del que viajó distintos rumbos durante su vida, sean concordes con la estética del autor y ¡quién sabe! Tal vez él mismo, para no desentonar con una de sus obras, los ojos de él estén dirigiendo el curso que se le ha dado a sus obras.

En la barca de Ulises, ha llegado a El Salvador en su quinta edición con correcciones de forma, que Miguel Luis Rocuant le hizo, en una presentación limpia, como cumple a un envase conductor del espíritu de siglos pasados reunidos en el de quién fué por aquellos predios buscando huellas de hechos imperecederos.—*Juan Felipe Toruño.*